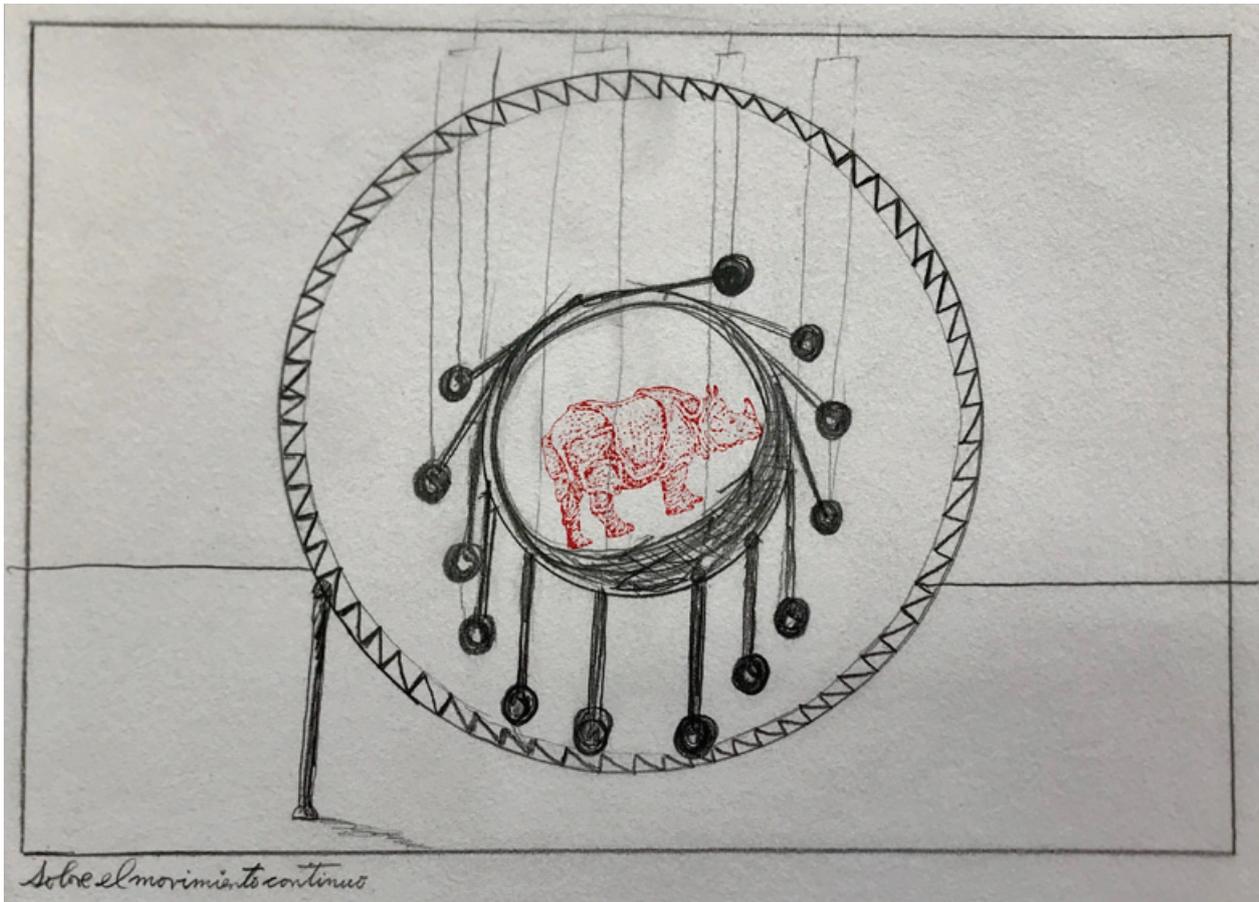


Leonardo del mundo



Alejandro Castaño, *Nociones de física elemental*, sello, lápiz y tinta sobre papel, 2017

Hace quinientos años, un hombre raro para su época y, quizá no menos para hoy, a la avanzada edad de 67 años estaba por terminar su gesta vital. Su extenso trabajo marcó un antes y un después en muchos flancos, dejando un legado sin igual a la humanidad. Quizá sin proponérselo, su figura mítica de genio fue parte de su herencia. Leonardo di ser Piero, natural de Vinci, Italia, moría el 2 de mayo de 1519. Actualmente, en un tiempo donde la *téchne* ha dado más garantías a la promesa de alcanzar el centenario, 67 años son apenas

el albor de la tercera edad. Para ese entonces, la fortuna de ser animal humano consistía, en parte, en completar seis décadas, asunto que cambió radicalmente con intelectos de la talla de este científico, ingeniero, paleontólogo, anatomista, dibujante, pintor, escultor, músico, poeta, arquitecto, urbanista, escritor, crítico y filósofo. Una corta lista para la inmensa extensión del saber y conocer humanos, pero para nada despreciable si tenemos en cuenta que convergen en una sola mente y voluntad, la del florentino polímata que solemos señalar,

mirando azarosamente hacia atrás para referir asuntos tan inasibles como la innovación, la creatividad, la inventiva, la ingeniería y todas aquellas nociones que a lo largo de los tiempos han pasado al frente para abanderar el desarrollo de la tecnología y el avasallador avance del dominio de la mano humana sobre las demás criaturas de la naturaleza.

Artistas de todas latitudes reconocen en Leonardo al padre de muchas de sus inquietudes y un respaldo de su trabajo para sus búsquedas. Asunto similar ocurre, sin merma de entusiasmo, en áreas como las humanidades y la ciencia, en general. El conocimiento en este hombre del *quattrocento*, que reta incluso a la ciencia ficción, y otorga a su obra la magnificente aura de la sabiduría, ha puesto su nombre al pie de cuesta de una de las épocas más gloriosas y retadoras de nuestra historia: la modernidad, el momento en el que el mundo se volvió redondo y los mares se juntaron.

2

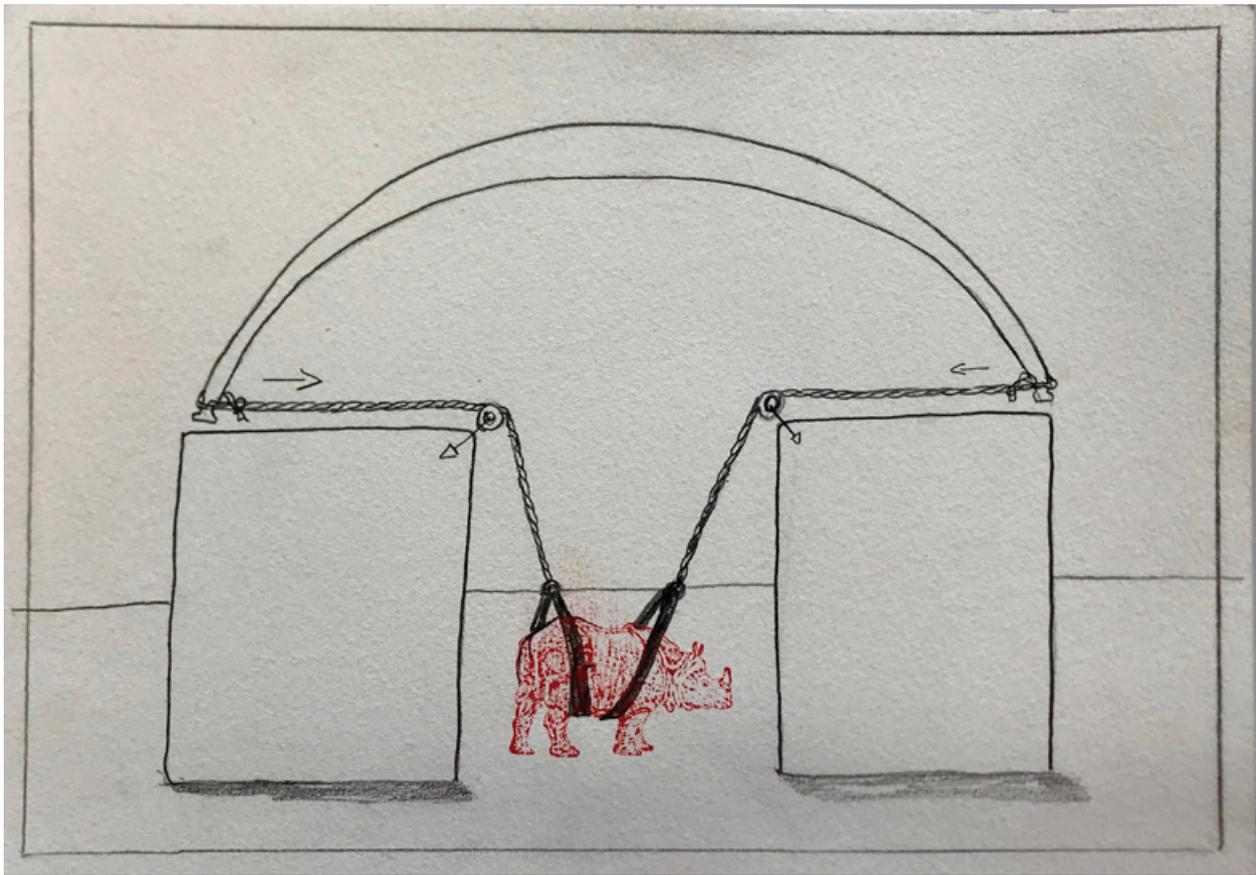
¿Quién no se ha visto inquietado, al margen de su grado o área de formación, por esa mujer que nos mira misteriosamente, desde su poltrona, con sus manos cruzadas, suaves y seguras, esbozando en su rostro una móvil e incansable sonrisa? Las montañas allende visten de azul tras la *Gioconda*, pues para el sabio era claro que el aire es un cuerpo y por tanto teñía con su color la lejanía. El *sfumato*, una técnica propia del maestro, suaviza las líneas de la Mona (Madonna) Lisa Gherardini. A lo lejos, entre la difusa frontera que resulta del roce del cielo con los picos y el escorzo de la modelo, un camino huye al valle y un puente sortea un río. Su sonrisa no da tregua, acaso podría, por qué no, ser burla travestida del pintor, frente a la incapacidad de entender nuestra existencia.

Cuentan que la fama de la obra incrementó el prestigio de su creador, el maestro, y todo esto después de haber sido sustraída en agosto de 1911 de la sala del Museo del Louvre, donde, sin mayores medidas de seguridad, se

apretujaba entre muchas otras piezas. Su aparición, dos años más tarde, convirtió a la esposa de Francesco del Giocondo en una de las celebridades más connotadas del siglo XX, al punto de que, en la sala, en este momento, es acompañada por pocas piezas en las paredes alternas, siendo ella, impoluta, quien domina el entorno desde un nicho centrado en un paredón, protegida con un cristal blindado que, por la cautela frente a la violación, termina por cercenar su aura, enfría la calidez de su sonrisa y apacigua su coqueta mirada. En un siglo, la sala pasó de tener saturadas sus paredes de cuadros a estar plagada de gentes de todas las hablas. Desde el piso, como queriendo formar una torre de Babel, que busca crecer, con brazos que elevan dispositivos móviles con pantallas de cristal, los asistentes pretenden alcanzar un retrato del retrato. Resulta más fácil ver sus ojos en las manos de alguno de estos frenéticos pérfidos, que directamente buscar el encantamiento de su mirada. La pintura, sin duda, es más grande en la imaginación que en la realidad, pero no por esto menos misteriosa. Hoy, no es claro si la que está en esa sala colmada de turistas es o no la pieza original.

Si esto pasa con su arte pictórico, los aparatos voladores, sumergibles, de armería y de más tipos no son la excepción. Planimetrías y modelos de máquinas preexistentes y otras más, producto de su genio, y lógica desbordada, son atesorados como manifiestos de un conato creador sin parangón. La botánica y la biología se vieron expandidas por su mirada aguda y capacidad de alcanzar la mimesis. Acudió a todos los avances de su época, los cuales, como si fuese un catalizador, elevó hasta los límites de la fascinación.

En la carátula de este número, un artista contemporáneo, quien se ha visto increpado por el torrente nutricional que se desprende del maestro de Vinci, juega con las posibilidades poéticas de juntar las cosas que vuelan, las naturales con las inorgánicas. Para Alejandro



Alejandro Castaño, *Nociones de física elemental*, sello, lápiz y tinta sobre papel, 2017

Castaño (Medellín, 1961), la sombra del florentino es un espacio de crecimiento para su espíritu; de ahí que no tenga pudor en hablar, con su memoria y su obra, con la humildad del discípulo que busca y encuentra a cada paso respuestas a sus tormentos. Al interior de esta *Agenda Cultural Alma Máter*, los dibujos de este reconocido creador, docente de la Universidad Nacional, acompañan un texto selecto del mismo Leonardo. El universo culinario, el cual tocó con cierta gracia el genio, es revisado por Luis Alfonso Ramírez Vidal. La figura de Tony Stark (*Iron Man*) es emparentada con el ímpetu de nuestro personaje en el texto de Carlos Eduardo Sierra Cuartas y, por último, el físico y docente Guillermo Pineda nos presenta un paneo por el contexto que sirvió de plataforma al científico renacentista.

A todas estas, no puedo dejar de preguntarme: ¿qué estaría pasando hace cinco siglos en tierras americanas? Mi pensamiento trata de imaginar los seres anónimos que, de no ser por la guadaña de la Conquista, hubieran podido dialogar, en su juicio y saber, con este gran hombre, pues como la vieja Europa, América sabía cosas, y tuvo sabios.

Sigamos, entonces, disfrutando de la compañía de un Leonardo que pasó de ser de Vinci a ser del mundo y evocando su memoria para tratar de explicar esas cosas que no podemos simplemente hacer de otra manera. Aquí, creo, radica la inmortalidad.

Oscar Roldán-Alzate
Jefe Extensión Cultural